

Edgardo Cozarinsky

EN AUSENCIA
DE GUERRA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

EDGARDO COZARINSKY
EN AUSENCIA DE GUERRA

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2015

© Edgardo Cozarinsky, 2014

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 622-624- 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-046-1
Depósito legal: B. 1.139-2015
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impreso por Limpergraf S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Escribo estas notas en el avión donde pasaré la noche deseando dormir, temiendo soñar. Hace pocas semanas cumplí cincuenta y cinco años. Desde hace algún tiempo, cuando duermo en un avión, me visitan los muertos. No son agresivos, pero su sola presencia, aun afable, reanima momentos que hubiese deseado archivados para siempre, me pone frente al que fui. Mis muertos no lo están necesariamente para el estado civil. Están muertos para mi afecto, para el diálogo. Cuando era joven, recuerdo, los viajes me prometían una vida imaginaria. En otro país, en otro idioma, esperaba dejar atrás un reflejo de mí donde no quería reconocirme, un yo que no correspondía a la vida que deseaba, al papel que en ella aspiraba a tener. En mi primer viaje sentí rotas todas las ataduras, creí posible borrar la distancia que me separaba de expectativas más reales que la vida cotidiana. El joven que fui

durmió poco en aquel viaje y nunca soñó. Su vigilia era un sueño despierto.

Con los años, en cambio, siento que viajo cargado con todo lo que hace a una vida ya imposible de relegar, y esa carga se adhiere a toda decisión, aun a todo sentimiento. Así como los innumerables caminos abiertos ante el joven se van estrechando cada vez que elige uno de ellos, el viajero adulto solo recupera por momentos efímeros, volátiles, un recuerdo de aquella liviandad perdida.

Viajo de Buenos Aires, la ciudad donde nací y ahora vivo, a París, una ciudad con la que fantaseaba en mi adolescencia y donde más tarde viví más años de los que hubiese debido. Esto no me impide gozar de los primeros días que paso en ella cada vez que vuelvo. En el reencontro hay una magia leve que es frágil, lo sé, pronta a disiparse. Y esto la hace más preciosa.

Como esas delgadas hojas de mica plateada que en mi infancia intentaba separar de las piedras a orillas de un arroyo en Córdoba. Se quebraban en minúsculos fragmentos al tenerlas en la mano.

Todo empezó en literatura.

Llegué a París una tarde de principios de septiembre y preferí no llamar a ninguno de los conocidos que conservaba en la ciudad. Me sentí contento sentado ante una mesa de café, en la vereda, viendo pasar a esa gente que durante años había sido mi frecuentación cotidiana; ahora, después de haber vuelto a vivir en Buenos Aires, descubría algún interés en su aspecto menos llamativo, los observaba como espectáculo.

Esa misma tarde, o al día siguiente, esperé el crepúsculo recorriendo los muelles, deteniéndome ante las cajas de los *bouquinistes*. Aunque me había prometido no comprar más libros —mis estantes porteños desbordaban de volúmenes que prometían compañía segura para un futuro sin fecha— el «vicio sin castigo» despuntaba ante la promesa de un descubrimiento. Esta vez fue el libro de poemas de una vieja amiga, creo que

uno de sus primeros: *L'Année sans sommeil*. El prólogo firmado por el respetado poeta de los años cuarenta, al revisarlo sumariamente, me pareció más sincero que cuando lo había leído años atrás, sabiendo que una relación sentimental lo había motivado. El ejemplar había estado dedicado: faltaba la primera página, precaución habitual de quien vende libros que no desea conservar; en la segunda no había quedado ninguna incisión delatora, privilegio de años anteriores al uso del bolígrafo, que hoy imprime una huella profunda; además, ¿podía imaginarla a ella usando algo que no fuera pluma y tinta?

Habría devuelto el libro al purgatorio de la caja, fosa común de tantas ambiciones, si al hojearlo no hubiese descubierto una carta plegada entre sus páginas, dos delgadas hojas de lo que se llamaba «papel de vía aérea» antes de que Internet decretase caduca esa forma de comunicación. Había algo tácitamente femenino en ese envío que aun no podía leer: papel color crema, desgastado en los pliegues, tinta que conservaba un color azul intenso. Decidí que esa carta había sido escrita por la poeta y enviada a un hombre, aquel a quien había dedicado el libro.

No abrí la carta. Cerré el libro apresuradamente para no llamar la atención del vendedor

hacia un hallazgo que pudiese despertar su codicia, pagué los cuatro euros que estaban marcados en la primera página y me dirigí al café de la esquina de la rue Bonaparte para poder leer, no los poemas —francamente, no me interesaban— sino la carta. Cruzaba mi camino quién sabe cuántos años después de haber sido escrita, acaso antes de que yo conociera a la autora, personaje ya crepuscular de un mundo menos legendario que irremediablemente fechado: esos «argentinos de París» que a mediados del siglo XX habían suscitado un momento de curiosidad.

No me había equivocado. La carta estaba firmada por Delia y redactada en un francés preciso, elegante sin afectación, un francés hoy poco frecuente; el que yo le había escuchado hasta pocos años atrás. La carta estaba fechada en octubre de 1976 y dirigida a un tal Michel. Delia le pedía ayuda para rescatar a sus hijos, militantes de una organización armada, secuestrados en Santa Fe por un grupo parapolicial. Era evidente que el destinatario debía ocupar un cargo importante en la política o en la diplomacia francesas, y que Delia tenía con él una clara relación de amistad, aun cierta intimidad: se dirigía a él sin rodeos, pidiéndole una gestión que no suponía ajena a sus posibilidades.

Recordé entonces el destino aciago de esos personajes secundarios. Del hijo de Delia no se conocieron las circunstancias de su muerte, aunque las fechas y los nombres de los lugares de detención por donde pasó permiten suponer que estuvo entre los cientos de cuerpos drogados, arrojados en vuelos nocturnos al Río de la Plata. La hija, en cambio, para desdicha de su madre, sobrevivió. Desde la adolescencia había cultivado el rencor ante la belleza no heredada de la progenitora; poco más tarde, unas lecturas someras de la llamada teología de la liberación, prestadas por las monjas del instituto religioso al que familias conservadoras e incautas habían confiado la educación de sus hijas, le permitieron traducir ese sentimiento en odio de clase: eligió ver a su madre solo como una burguesa intelectual, europeizada, promiscua.

Al volver al poder el sistema electoral, la indemnización del Estado ganada en su condición de víctima le permitió rehusar con altivez toda ayuda de la madre; insatisfecha con este gesto, se reservaba un golpe mayor, simbólico: el robo de un cuadro de Torres García. (El pintor uruguayo, se decía, había sido el primer amante de Delia y se lo habría regalado en el momento de clausurar una relación que la sociedad de su tiempo

consideraba anómala entre una adolescente y un hombre maduro.) El amigo encargado de visitar periódicamente el departamento porteño durante los meses que la poeta pasaba en Europa, revisar la correspondencia y pagar las facturas, advirtió la desaparición y la denunció. Una gestión amistosa permitió recuperar el cuadro a punto de ser enviado a Sotheby's y ahorrarle a la hija un nuevo encuentro con la policía, esta vez desprovisto de toda aureola heroica.

«Le ruego que escuche este pedido de una madre e intente rescatar a dos jóvenes cuya ilusión fue la de creer posible lograr por las armas la creación de una sociedad menos injusta.» En esta frase final me pareció que la sinceridad asomaba a través de la retórica. Pobre Delia, pensé, a final de los años setenta todavía tenía amantes, acaso menos prestigiosos que los artistas y poetas que la habían asediado en décadas anteriores, pero no tan insignificantes como para despedirse de lo que alguna vez le oí llamar «la vanidad de los sentidos». Y en esos años de menguante brillo mundano había actuado como lo que su hija nunca entendió que podía ser: una madre.

¿Qué edad tendría hoy? ¿Noventa años? Más, creo. Ella se declaraba, con una sonrisa, «hija del

armisticio», sugiriendo como fecha de nacimiento 1918; alguna amiga pérfida, no siempre una mujer, le regalaba cuatro años, comentando en voz baja «hija de Sarajevo, más bien».

Yo ya había empezado a sentir que las personas mayores que me había sido dado conocer no iban a permanecer indefinidamente en este mundo, que no debía descuidarlos si quería rescatar algún atisbo de lo que había sido su experiencia en tiempos anteriores a mi curiosidad de novelista. Yo mismo empezaba a recibir llamados de jóvenes que me pedían un testimonio de episodios y personajes que para mí eran anécdotas de un ayer cercano, para ellos retazos de prehistoria...

Decidí llamar a Delia al día siguiente.